

DE VIANA Á CODÉS

(RECUERDOS DE UN VIAJE)

TRADICIONES POPULARES

POR EL PRESBITERO

Don José María González Melgosa

Catedrático del Seminario Conciliar de Logroño.



LOGROÑO:
IMPRESA MODERNA
1905





NUESTRA SEÑORA DE CODÉS

Es propiedad del Santuario
de Nuestra Señora de Codés.

DEDICATORIA

¡Virgen poderosa de Codés! Siendo niño adolecí de una grave enfermedad, en la cual fui ofrecido á Vos por mi piadosa y santa madre, cuya muerte reciente llora todavía mi corazón; y cuya alma os recomiendo de veras, para que vuestro querido Hijo la conceda cuanto ántes un lugar á vuestro lado. Más tarde cumplia mi madre aquella promesa, llevándome en su compañía para orar juntos al pie de vuestro altar de Codés.

Allí os ofreci hacer algo en vuestro obsequio: hoy cumplo aquella promesa, Madre mia, dedicándoos este pequeño opúsculo, que si carece de todo mérito literario, no por eso será menos grato á vuestro Purísimo Corazón; toda vez que Vos, Señora, conocéis bien la intención del mio, que no es otra que propagar la devoción al Santuario de Codés donde resides, en justo reconocimiento de los muchos favores que de vuestra mano benéfica tiene recibidos

VUESTRO HUMILDE SIERVO,

El Autor.





VIANA

No es mi ánimo narrar
los orígenes de Viana
ni la época fijar
en que ésta noble Ciudad
comienza ya á figurar
como villa de Navarra.
Baste saber que su nombre
según dice tradición
procede del nombre Diana
y esto por la adoración
que á la Diosa de la aljaba
aquel país tributaba
con pagana devoción;
para lo cual concurrían
varios pueblos que cercanos
unos de otros, como hermanos
en Religión se entendían;

y como el lazo de unión
que á los pueblos ha hermanado
siempre ha sido el más sagrado
el lazo de Religión,
por eso Tidón, Cornago,
Prezuelas y Piedrafita,
juntamente con Quilinta
y otros que mención no hago,
pueblos todos que habitaban
la rica y feraz llanura
que se extiende con holgura
desde Moreda á Cornaba;
en ciertos días del año
consagrados á Lucina,
como ovejas de un rebaño
ascendían la colina
dó la casta Virgen Diana
su templo y casa tenía;
y allí, con idolatría
aquel pueblo de paganos
á la Diosa cazadora
sus inciensos ofrecía
y sacrificios humanos.

Aquel altar á Diana dedicado
aquel templo á Chitoria erigido,
aquel monte á Lucina consagrado,
fué por un Apóstol convertido
en templo y en altar y monte Santos;
y allí donde Satan fuera invocado

con inciensos y víctimas y cantos
bajo el nombre anónimo de Diana,
allí..... se fundó Viana;
pueblo que por su virtud y su heroísmo
en muchas ocasiones demostrado
justamente mereció el dictado
de pueblo valeroso y cristianismo.

La part da

Erase de Septiembre el día octavo,
todo el pueblo cristiano, dicho día
lo dedica en todo el emisferio
á celebrar con pompa y alegría
el dulcísimo y popular misterio
del simpár natalicio de María.

Resonaron las dos de la mañana
en el reloj de Viana;
y sus ecos vibrando magestuosos
en sus plazas y muros silenciosos
llegó hasta los oídos
de dos viajeros que estaban prevenidos
aquella hora esperando;
y al punto sus mulas ensillando,
por un experto guía conducidos,
en marcha se pusieron,
y la oscura Ciudad abandonando
fueron camino de Aras cabalgando.

Magestad de la noche, para el alma cristiana

¿Por qué impío no tiembles....
cuando la noche con paso silencioso
y seguida de ondulantes nieblas
te trae el descanso y el reposo
al extender su manto de tinieblas?

¿Por qué tu alma no admira temblorosa
la grandeza de Dios, representada
en esa opacidad caliginosa?

¿por qué tu alma de vicios saturada
no admira conturbada
esa obra de Dios tan portentosa?...

Mas, ¿cómo ha de admirar el hombre impío
la magestad de Dios, ni su potencia
si está su corazón de fé vacío?

¿cómo no ha de mirar con indolencia
tus grandes maravillas? ¡oh Dios mío!

Muy distinto el hombre religioso
en admirar tus obras se conduce;
guiado por la fé, vé respetuoso,
después que el día placentero luce,
de la noche las sombras que produce
tu brazo poderoso.

El labrador que afanoso y aplicado
estuvo todo un día removiendo la tierra.,
que árida y seca su sudor entierra;

al percibir aquel manto enlutado
que deja el Sol. oculto en una sierra,
os bendice admirado.

El humilde y estático artesano
que pasando el día entretenido
en su labor estudioso y embebido
en la obra trazada por su mano;
al verse por la noche sorprendido
se acuerda que es cristiano!

La virtuosa y cándida doncella
cuando vé que la noche se aproxima,
á su honesta labor pronto dá cima;
y al ver que brilla la primer estrella
á su retiro gustosa se encamina
para ofrecer á Dios su alma bella.

El sacerdote de Vos representante,
si de Vos á ser siervo querido
es preciso que su pecho enardecido
por vuestro amor, en el instante
que la noche su manto haya tendido
os hable ¡Dios amante!

Y la virgen de púdica tersura,
que despreciando del mundo los encantos
os dirige en su coro dulces cantos,
por la noche!..... con que suave dulzura
á imitación de los Querubes Santos,
os abraza... ¡llorando de ternura!

¡Cuán grande en la noche te presentas,
¡oh Dios! para el fiel que os adora!

¡qué magestuoso para él te representas
en esa última hora

en que el cristiano recogido ora,
para ajustar con Vos sus diarias cuentas!

¡Con qué fervor, vuestro siervo arrodillado
en presencia de Vos, su Dios querido,
pide, ruega y espera confiado,
que echeis á eterno olvido
los pecados que hubiera cometido
contra Vos, ¡padre amado!

¡Oh noche, terror del alma impía!
¡cuán consuelo das á los cristianos
por más que seas tétrica y sombría!
Es verdad que á tu sombra los mundanos
como viles paganos
se entregan á la crápula y orgía;
más el hombre que en Dios cree, y le ama,
en la noche con Dios se identifica,
y encendido su ser en esa llama
que á las almas piadosas vivifica
por feliz y dichoso se proclama.

¡Bendita seas, noche silenciosa!
bello encanto del alma retirada!
bajo tu manto se siente tan dichosa
el alma de Jesús enamorada,
que eres noche, la prenda más amada
del alma religiosa.

Las Ruinas

Uno de los dos viajeros
(el más joven de los dos)
si bien el más instruído
que marchaba siempre en pos
de los otros compañeros,
iba estático, embebido
en estas meditaciones,
de la noche silenciosa,
pues esta caliginosa
brindaba á esas emociones.

Seis kilómetros, no más,
habrían andado ya,
cuando entre fugaces sombras
que presta la obscuridad
de la noche á los objetos
cuando lejanos no están,
el viajero más novel
lleno de curiosidad
preguntó al guía qué era
un edificio que apenas
se percibía no más,
pues no bien se distinguía
si era una ermita ó corral.

Dicho edificio se encuentra
en medio de una heredada
labrada, y por sus ruinas
y una arcada colosal,

y sus pilares de piedra
y su construcción de cal,
se conoce que fué antes
una obra piramidal.

El guía que había visto
varias veces al bajar
y subir al pueblo de Aras
aquel monumento tal,
que no eran más que ruinas
cubiertas de suciedad,
albergue de los lagartos
y templo de soledad;
respondió muy comedido
que él no conocía más
de aquel sitio, que su nombre,
que era el de San Juan de Arás,
que si quería saber
alguna cosa de historia
antigua, de aquel lugar,
tal vez en el pueblo de Aras
lo pudiera averiguar.

Llegamos al pueblo de Aras,
mas en hora tan fatal
que no encontramos un hombre
viviente, á quien preguntar;
no era extraño, aquella hora
todo el mundo á descansar
se entregaba muy tranquilo,
en su lecho ó su tejar;

solo ladraba algún perro
que al ruido de nuestro andar
avisaba así á sus dueños
de nuestra proximidad,

Ya sin ninguna esperanza
de poder interrogar
sobre las ruinas aquellas
objeto de su ansiedad
los dos viajeros, bajaban
una calzada tenaz
que conduce hacia la fuente
ó algún otro manantial;
cuando perciben un hombre
que bajaba con afán
la mencionada calzada,
y á la voz de ¡alto! ¡quien va!
conocimos que era anciano
el que respuesta nos da.

«Yo me dirijo á Codés»
nos dijo aquel Abraham,
pues su nevada cabeza
era signo patriarcal.
Y bien, ¿quiere V. montarse
á la grupa de mi já?
díjole el joven viajero,
ansioso de investigar
el origen de las ruinas
objeto de su ansiedad:
«Muchas gracias,» nos contesta,

no tengo necesidad
pues estoy acostumbrado
siempre infante caminar.

Viendo el jóven que perdía
la ocasión de averiguar
el objeto de sus ansias,
dice al guía; pues parad,
que yo también soy infante
hasta la Espina llegar.

Y esto diciendo, desmonta
de la mula, y echa andar
á pie, junto aquel anciano
de rara longevidad:

Y al punto ¿queréis decirme
la pregunta con afán,
que son las ruinas que hallamos
en ese camino atrás?
pues de saberlo tenemos
deseo y curiosidad.

«De esas ruinas, nos contesta,
muy poco puedo yo hablar,
porque mi pobre memoria
es infiel en recordar,
las nociones que aprendió
en su tierna mocedad;
mas en casa tengo un libro,
muy antiguo de verdad,
que dice cosas muy raras
de toda esta merindad;

y recuerdo haber leído
en él, que San Juan de Arás
como ahora se le llama,
no fué así en aquella edad,
porque era San Juan del Soto
su nombre en la antigüedad.»
Cuya historia bien merece
los honores de ocupar
un lugar muy preferente
en la historia de Yoar;
y puesto que caminamos
á ese Monte singular,
digamos antes que fué
lo que hoy es San Juan de Arás.

San Juan de Arás

Por fin, querido lector
creo poderte informar,
(gracias al buen Simeón
que así podemos llamar
aquel venerable anciano
cuyo libro voy á ojear)
de la historia de las ruinas
que llaman San Juan de Aras.

Según el libro indicado
las ruinas deben datar
desde el siglo diez y seis
(tienen tres siglos, no más)

en que un antiguo convento de Franciscos, por variar de habitación, pues aquella en que debían morar, el objeto no llenaba que era el de evangelizar á los pueblos comarcanos, de comun conformidad con los vecinos de Viana por entonces ya Ciudad; resolvieron trasladarse á dicha Ciudad leal, (1) y de acuerdo con el Clero y nobleza y vecindad, levantaron un convento nuevo, que en el día está casi intacto, pues lo habitan Monjas de la Caridad.

A Viana se trasladó aquella comunidad de menores observantes que habitaba el de San Juan llamado entonces del Ramo, como luego lo verás, según la historia refiere

(1) Garay.—Compendio cronológico de las fundaciones de la orden Seráfica, en la provincia de Burgos.—Gs. XVI: Fundación del convento de S. Juan del Ramo, y en traslación á la Ciudad de Viana.—Pamplona.—1742.

de ese libro de Abraham
ó sea de aquel anciano
que tuvo á bien me dejar.

Inocencio 3.º de ese nombre
la nave de la Iglesia gobernaba.
en Navarra reinaba Sancho el *Fuerte*
y Alfonso en Castilla legislaba.

Por ese tiempo la Francia atravesaba
un fraile, portento de su siglo
que Francisco por nombre se llamaba,
y tal fama de Santo ya traía
cuando al país navarro penetraba,
que el país por santo le tenía
y el pueblo como santo lo aclamaba.

Solo así pudo fundar
el Serefin humanado
tantas casas en Navarra
tantos conventos en Rioja
estancias en las Castillas
y ermitorios en España.

El primero que fundó
en el suelo de Navarra
es el de Rocaforté
con historia muy extraña;
De allí pasó á las Riberas
de Pamplona, que así llaman
los vecinos á San Pedro
que en la Rochapea se halla,

hoy habitado por Monjas
Monjas Petras nominadas.

De este convento salieron
de Mayo en una mañana
algunos Frailes menores
de rigurosa observancia,
llamados por el gran Carlos
noble Príncipe de Viana,
hara habitar el convento
que dicho señor fundara
sobre la ermita del Soto
del país muy venerada,
y de ese modo cumplir
una promesa sagrada
que á San Juan había hecho
en situación apurada.

Un Príncipe desgraciado

Parace contradictorio
el epígrafe enunciado,
mas parece que ser Príncipe
exente ser desgraciado.
Esto al vulgo le parece
porque bien no ha meditado
que el hombre desde que nace,
sea pobre ó elevado,
á sufrir y padecer
está por Dios con acuerdo:

y lo mismo se padece
y lo mismo se ha llorado
en el tugurio del pobre
que del Rey en el Estado:
Prueba de ello lo que cuenta
la historia de este relato
que se refiere al gran Príncipe
llamado por nombre Carlos.

Fué D. Carlos de esos séres
por el cielo destinados
para blanco de sus pruebas
y de virtudes dechado.
Príncipe, en verdad nació,
pero fué tan desgraciado
que en verdad pudo decir
que el cielo le había dado
una corona de espinas
en la de su principado.

En Peñafiel vió la luz
el veinte y nueve de Mayo
del año veinte más uno
y siglo undécimo cuarto.
Su madre fué D^a Blanca
digna Reina de Navarra,
su padre D Juan segundo
el de Aragón se llamaba,
quien viudo de la primera
se casó con D^a Juana
hija de aquel almirante.

que Enrique se apellidaba;
de suerte que el joven Carlos
cambió la madre en madrastra.

Su Santa Madre la Reina
D.^a Blanca de Navarra,
(cuya historia ha bien escrito
un publicista de Viana
como él solo sabe hacerlo
en asuntos de Navarra,
y no me desmentirán
sus *Vascos* y *D.^a Blanca*),
legó al morir á su hijo
á quien con delirio amaba,
su virtud y su corona
y una honra inmaculada.

Su padre por el contrario
tal odio manifestaba
al que debía heredar
la corona de Navarra,
que excitado por la Reina
la ambiciosa D.^a Juana
le persiguió, le insultó
y en parricida batalla,
en que los *Biamonteses*
sostenían al de Viana,
el Rey su padre venció,
y después de terminada
la batalla junto Aybar,
al Príncipe declaraba

del Reino destituido
pasando este á la madrastra,
la cual, para estar tranquila
en el Reino de Navarra,
consiguió del Rey su esposo
que al Príncipe encarcelara
en Monroy cuyo castillo
seguridad presentaba.

Muchos años prisionero
en Monroy Carlos llevaba
cuando el pueblo no pudiendo
ver sufrir á quien amaba
con verdadero delirio;
pues al Príncipe adoraban
Navarros, y Aragoneses,
Catalanes, Sicilianos,
y hasta los mismos Payeses
igual que Napolitanos
le brindaron con el cetro
de sus diversos estados,
á lo cual el noble Príncipe
siempre se negó porfiado.

Visto lo cual por D Juan
padre, al fin, aunque engañado
por la seductora Reina
é intrigas de su palacio,
decretó su libertad;
á lo cual se vió obligado
más por el temor del pueblo

que se había pronunciado
en favor del noble Príncipe,
que por cariño emanado
de protervo corazón.

Más ello es que promulgado
el decreto de D. Juan
al punto fué libertado,
y sin perder un momento
el *Príncipe desgraciado*
abandonando Monroy
se vino á su principado.

La Caza

En Viana al Príncipe Carlos
tal amor se le tenía
que era el ídolo del pueblo
sin ficción ni hipocresía;
su templanza y su modestia
con su pureza de vida,
su grande munificencia,
su dulzura é hidalguía,
su amor hacia sus vasallos
todo en el contribuía
á que el pueblo de Navarra
como santo le amaría.

De estatura algo elevada
de modesta gallardía
pero algún tanto inclinado

á triste melancolía;
él sus ócios consagraba
á la bella poesía
teniendo estrecha amistad
con los *bardos* de sus días
como fueron entre otros
March, el Petrarca y Ausías;
cultivando con buen éxito
y justa renombradía
los estudios de la historia
y los de Filosofía,
y prueba de ello son
la crónica que escribía
de su querida Navarra
al paso que traducía
la *Ética* de Aristóteles
con sublime maestría.

En Viana el Príncipe Carlos
esta es la vida que hacía;
su Palacio era el Castillo,
del cual se ven todavía
ruinas, vestigios, fragmentos
que ácusan su gran valía.

De su regia fortaleza
de vez en cuando salía
á paseo por los campos,
y con frecuencia solía
ejercitarse en la caza
en el monte que existía

en el campo de Valdearas
que hasta el Cueto se extendía.

Era un día que el Príncipe escogiera
para dar una grande cacería
á la cual la nobleza concurriera
con azores, corceles y jauría:

Al despuntar la aurora de ese día
los nobles á la cita concurren
y contentos y alegres emprendieron
la caza con tal algarabía,
que batalla campal más parecía
que diversión de gente cortesana;
mas al fin, pasada la mañana
entre percances y lances venatorios,
los Iñigos en unión de los Ossorios
de cansancio y fatiga ya rendidos,
sobre la verde yerba muy tendidos,
los honores hicieron al asado
y al rico vino en Viana cosechado.

De repente el sol esplendoroso
eclipsados sus rayos aparece,
el horizonte todo se extremece;
y en la cumbre de Yoar, horroroso
resuena un trueno que á todos extremece
y todos azarosos, confundidos
por los enormes truenos repetidos,
buscan aquí y allí, lugar seguro
que los defienda del próximo aguacero

y de algún meteoro que ligero
sea impedido por el viento duro.

El Voto

El Príncipe sorprendido
por aquella tempestad,
buscaba también asilo
donde poder guarecerse
de tan fuerte temporal.
A pocos pasos divisa
(asilo providencial)
una ermita dedicada
al profeta del Jordán,
llamado con otros nombres
Precursor, Bautista, Juan,
que bajo el nombre del *Soto*,
había en el robledal;
vióla, y sus pasos dirige
con verdadera ansiedad
hacia la citada ermita,
pero con desgracia tal,
que halló cerrada la puerta
sin poderla franquear.

Entonces por defenderse
de la lluvia torrencial
se cobijó bajo un roble
de tamaño colosal,
y cuyas copudas ramas

por su gran frondosidad
podían muy bien servirle
de impermeable tejlar.

Una nube que cargada
de opuesta electricidad
á la que en la tierra había,
sin duda hubo de pasar
sobre el árbol en que Cárlos
húbose de refugiar,
y al instante una descarga
de fuego y ruido infernal
sintió sobre su cabeza
que le hizo vacilar
sobre sus piés y caer
como víctima mortal.

El Príncipe al recobrar
sus perturbados sentidos,
recordó que al descargar
el mortal rayo la nube,
creído de se axfisiar,
invocó de corazón
al venturoso San Juan
clamando, «¡San Juan del Soto
á vuestro siervo amparad!»

Y esto diciendo, aquel árbol
de edad más que secular
hecho astillas aparece,
sin que del se vea más
que la rama donde Carlos

húbose de refugiar.
Entonces agradecido
á favor tan singular
el cual había obtenido
por mediación de San Juan,
ofreció que aquella ermita
que de tiempo inmemorial
se llamó San Juan del *Sotó*,
era preciso variar
su nombre por el del Ramo,
para poder perpetuar,
la memoria del milagro
que allí se dignó operar
en obsequio de su siervo
el ventaroso San Juan,
haciendo un *Voto* solemne
de que en el mismo lugar
donde existía la ermita
había de edificar
un convento de Franciscos
con dotación regular
de Iglesia, fábrica y coro,
hospedería y demás,
de modo que con holgura
y grande comodidad
podría allí residir
la Santa comunidad;
con sola la condición
que se había de llamar

aquel sagrado convento,
el convento de San Juan
con la advocación del *Ramo*,
pues quería así pagar
la deuda de gratitud
adquirida con San Juan
en aquel terrible trance
en que su persona real
estuvo expuesta á morir
por aquel rayo fatal.

La imágen milagrosísima
que en la ermita de San Juan
existía en aquel tiempo
parece debiera estar
en el convento de Viana
por ser la del titular
y patrón de aquel convento,
pero no es así en verdad;
pues las cuestiones habidas
entre la comunidad
y los vecinos del pueblo,
se hubo de determinar
poner otra en el convento
que es la que en el día está
donada por Goyeneche
varon de gran caridad
llevando la primitiva
á la Iglesia parroquial
llamada Santa María

dó la puedes venerar
en magestuosa capilla
que existe en la actualidad,
en la citada Parroquia
bajo el nombre de San Juan.

La cuesta de la Espina

Bellísimo y delicioso panorama
al llegar á esta cumbre se divisa,
en ella sopla saludable brisa
que al viajero consuela, y que derrama
aromas y perfumes de mil flores
que próvida natura allí esparrama
esparciendo su aroma y sus colores.

De frente un peñasco se presenta
de gigantesca y colosal altura,
en el invierno su nivea blancura,
en el verano magestad ostenta.

Al pie de ese peñasco de granito
con el brezo y la encina se alimentan
numerosos rebaños de corderos
que retozando alegres placenteros
al pastor, cuidadoso y solícito
su alegría y contento manifiestan.

Al comenzar la bajada de la cuesta
creimos descender algún abismo
pues el sendero de suyo escabrosísimo
á rodar y caer sólo se presta;

entonces al anciano (que es el mismo que hallamos al principio del camino), el nombre de la cuesta preguntamos que cubierta de eriales y páramos hasta Azuelo descende y su molino.

También, nos dijo, esta cuesta tiene su historia curiosa, y su nombre de la Espina no se le debe á otra cosa que al milagro singular, que en la época dichosa para este profundo valle en que la fé religiosa reinaba en sus habitantes, sucedió en aquesta ambrosa cuesta dicha de la Espina, según tradición piadosa conservada en estos pueblos con fidelidad pasmosa.

El hecho fué, según cuenta la citada tradición, que del convento de Azuelo Benitos de Religión llevaron para el de Nájera por mandato superior del Abad de aquel convento, que era convento mayor, la preciosísima reliquia de una espina del Señor,

que los de Azuelo tenían en grande veneración, por ser una verdadera de aquellas setenta y dos que adornaron la cabeza del Divino Redentor.

El precioso relicario que esta espina contenía era de oro y de diamantes, alhaja de gran valía; su gran valor excitó la codicia de infiel guía acompañante del Fraile que la alhaja conducía el cual debía llegar en la jornada de un día hasta la casa de Viana que en Torraviento existía con el nombre de San Pedro por el pueblo conocida; cuya casa de Benitos de antiguo pertenecía al real convento de Nájera, del cual era una Mongía. De dicha casa vestigios aún se encuentran en el día en la colina llamada cerro de la Nevería,

al pie del cual, hoy se vé una ahumada Tejería.

Llegado el Benedictino acompañado del guía, despidió á este, y marchó andando la misma vía; mas al marchar se llevó pórfectamente escondida la reliquia que robó al fraile que la traía en una preciosa caja de ébano y tapicería; cuya caja fué robada por el sacrílego guía en un descuido que tuvo aquel que la conducía.

Marchó el *ladrón* y llegó cuando casi anohecia al cerro que hoy se conoce con el nombre de la Espina; y al emprender azaroso por dicha cuesta la huída, quedó como atolondrado sin saber lo que se hacía. Inmóvil, desvanecido, el equilibrio perdía; por fin un frío sudor por su frente le corría,

y sin vista y sin sentido
inerte al suelo caía.

Horrible noche pasó
el accidentado guía;
allí hubiera perecido,
si cuando ya amanecía
un vecino de Torralba
que aquella cuesta subía
no se hubiera apercebido
de un hombre que hallí yacía
exánime, accidentado
que sordamente gemía.

El vecino de Torralba,
que gran caridad tenía
creyó que de mano aleve
una víctima sería;
y al instante desmontando
de la su caballería,
le pregunta, le examina;
y aquel que muerto creía
le responde que del cielo
el castigo le venía;
pues que habiendo acompañado
á un fraile que conducía
una reliquia incrustada
en riquísima pedrería,
habíasela robado
y en su poder la tenía,
por lo cual, sin duda el cielo

airado con el, le hería
de aquella horrible manera,
pues tan sólo hablar podía
sin moverse de aquel sitio,
ni admirar la luz del día,
pues ciego había quedado
desde cuando anocheceía;
que avisara á los de Azuelo
y fueran á la Mongía
á decir á los hermanos
que aquel desgraciado guía
que el día antes eligieran
para que acompañaría
al Monje Benedictino
que la Espina conducía,
habíasela robado
y en su poder la tenía,
que á recogerla subieran
porque él bajar no podía.»

Hízolo así el de Torralba
y al momento ya subía
en solemne procesión
Cabildo, pueblo y Mongía,
hallando al desventurado
cuanto desgraciado guía
revoleándose angustiado
en ansias de la agonía

Un monje, que en santidad
fundada fama tenía

le confesó, le animó,
y después que le absolvía
dando muestras de dolor,
al arrepentido guía
espiraba muy contrito;
confesando que tenía
bien merecida la muerte
por aquella acción impía
de robar la Espina-Santa;
de cuya acción se dolía
con contrición muy perfecta
y que tan solo pedía,
que aquella cuesta famosa
La *Espina* se llamaría.

Codés

Al pie de una roca dura,
conocida por Codés,
cuya gigantesca altura
mide millares de pies,
lozano un monte vegeta
que con su grata frescura
en oasis de verdura
convierte aquella meseta.

Forman poético atrezzo
de aquellos incultos setos
el madroño, boj y brezo;
y zarzamoras y abetos

con sus flores y fragor
convierten aquella selva
en un sitio encantador.

Allí las aves gorgean,
allí trina el ruiseñor,
allí canta sus baladas
el solitario pastor:
allí murmura una fuente,
y su abundante licor
esparce por la colina
vida á la yerba, y verdor
á los campos agostados
por el sol abrasador.

En ese sitio ameno y delicioso
recogido, severo y solitario,
se eleva magestuoso gran Santuario
que el pueblo de Navarra, religioso
y siempre á la impiedad tan refractario,
desde remotos tiempos erigiera
á la Reina del Cielo esclarecida
que huyendo de Cantabria perseguida
por bárbara invasión, allí escogiera
su casa, su mansión y su guarida.

Allí la augusta Emperatriz del Cielo,
Reina de querúbicas beldades
derrama placentera sus bondades
al venturoso y envidiable suelo
de Navarra; y pueblos y ciudades,
villorrios, caseríos, merindades

buscan allí confiados el consuelo
y el alivio en sus necesidades.

La madre que lágrimas derrama
por el hijo que lucha con la muerte
tendido en una cama;
cuando la fé le advierte
que recurra á Codés, al punto llama
á la dulce María, y ella vierte
en aquel corazón atribulado
el nectar del consuelo y la alegría;
y cuando vé curado
á quien antes veía
por la Parca cruel amenazado,
con él sube al Santuario de María.

El pobre labrador de aquellos valles
de la Berrueza de Aguilar y de Ega,
si sus campos eriales
vé, porque Dios les niega
del agua los benéficos raudales;
al instante humilde se congrega
con otros desgraciados compañeros,
y entonando piadosa Letanía
sus ecos lastimeros
repiten á porfía
en los más elevados ventisqueros
la canción predilecta de María.

Y siempre, aquese pueblo, protegido
se vió, por el poder del Cielo
que mira complacido

las preces de ese suelo,
que siendo de Judea fiel modelo
por la Ester de Yoar es defendido.

La Sagrada Forma

Era el siglo diez y seis
y en el año ochenta y ocho
de ese siglo, fué Codés
testigo de un gran milagro
que las crónicas refieren
de Jesús Sacramentado.
Dicho caso lo menciona
un historiador sagrado (1)
de justa renombradía
y por todos reputado
como testigo veráz,
concienzudo y respetado
en cuanto hace relación
á este grande Santuario.

Sucedió que en dicho año
en un día designado
por dos buenos Sacerdotes
de Torralba, nombre dado,
al pueblo ó lugar que está
bajo Codés enclavado
y de cuyo pueblo es

(1) Villafañé. Compendio histórico de las milagrosas
imágenes de María Santísima de España.

jurisdicción el Santuario;
subieron á celebrar
en dicho día citado
á la Iglesia de Codés,
cumpliendo un voto otorgado
de celebrar una Misa
en el templo dedicado
á la Reina de Yoar;
y así que hubieron llegado
á la Iglesia, de mañana,
pues habían madrugado;
uno de ellos fué primero
á disponerse *recado*,
que vulgarmente se llama
al ornamento sagrado
que se viste el Sacerdote,
más al tomar el hostiario
para preparar el caliz
se encontró, (y esto no es raro)
con que no había más hostia
que una sola del tamaño
regular, más una forma
del tamaño acostumbrado,
es decir, muy diminuto
con el otro, comparado.
Tomó la única hostia
y ya todo preparado
salió para celebrar
su misa, habiendo dejado

solo la pequeña forma
en el fondo del hostiario.

El segundo Sacerdote,
luego que hubo terminado
su preparación de Misa
y en la Sacristía entrado,
fuese á preparar el cáliz,
como lo hubo practicado
su virtuoso compañero,
más al tomar el hostiario
se halló con sola la forma
que el otro había dejado;
y como no era posible,
aunque lo hubiese intentado
proporcionarse otra hostia
por el sitio solitario
en que se encuentra erigido
aquel célebre Santuario;
dudando de si podría
celebrar con la pequeña
que solo tenía á mano,
ó dejar de celebrar
el sacrificio sagrado,
se resolvió á lo primero,
y del hostiario tomando
la única forma pequeña
con todo ya preparado
al Altar de San Antón,
que siempre así se ha llamado

al de San Antonio Abad, salió muy determinado á celebrar, más llegado al tiempo del ofertorio, de repente fué atacado de escrúpulos y de dudas, y por ellas muy turbado, sin saber lo que se hacía llegó muy atolondrado al acto de consagrar; más cuando hubo pronunciado las *sacrosantas palabras*, observó todo admirado que la diminuta forma cuándo la hubo consagrado en nada se distinguía del ordinario tamaño que miden las demás hostias, habiéndose dilatado los accidentes del pan por un patente milagro, que allí se dignó operar el gran Dios Sacramentado.

El piadoso Sacerdote, lleno de terror y espanto prosiguió el oficio Santo sin que nadie vea y note aquel caso singular, más el que dijo primero

la Misa, pudo observar que su amigo y compañero anduvo menos ligero en la misa celebrar; y cuando hubo terminado y en la Sacristía entrado, observó con estrañeza que aquel venía llorando; y la causa preguntando de su aflicción y tristeza le narró todo lloroso el milagro portentoso y de suyo extraordinario que acababa Dios de obrar en el célebre Santuario de la Reina de Yoar; queriendo que sucediera así, para perpetuar la promesa que Él hiciera «de que aquel Santo lugar fuera siempre, y hoy lo es dó reside placentera Nuestra Madre de Codés.»

El Monge engañado

Hubo en Navarra un Convento de notoria antigüedad

y justa renombradía
ya por la gran santidad
que á sus monjes distinguía,
ya también por la piedad
que los Reyes de Navarra
hubieron de demostrar
cuando el citado Convento
tuvieron á bien fundar.

Este insigne monasterio
de justa celebridad
obra fué del gran Pulquerio,
cuyo nombre de verdad
dudase, si fué algún Príncipe
de Gerarquía real
del gran reino de Navarra,
ó tal vez algún Abad
que desde el Cister viniera
el monasterio á fundar.

Sea de ello lo que quiera
poco nos debe importar,
pues lo mismo dá que fuera
el Pulquerio, Rey ó Abad
para que Leyre, se llame
un monasterio real,
como así se le conoce
desde tiempo inmemorial.

En este real monasterio
solicitó el ingresar
como novicio, un mancebo,

al parecer natural
de un pueblo que no se cita
en el valle de Aguilar;
y como ser de este valle
significa cosa igual
que ser hijo de la Virgen
que se venera en Yoar,
este mancebo lo era
con un amor especial,
y tanto que por ser Leyre
de la orden monacal
en que se alaba á María
con el fervor singular,
que á sus hijos inspirara
el Abad de Charabal,
por ello, el joven navarro
determinóse alistar
en la sagrada milicia
del Cister, para alabar
á la Reina de los Cielos
en el coro y el Altar
de aquel Santo Monasterio,
cuna de Viril-Abad
que en éxtasis arrobado
trescientos años y más (1)

(1) En el real monasterio de Leyre, se conserva el cuerpo de San Viril, á quien sucedió el caso, y allí enseñan el sagrado bosque donde oyó la música del pajarillo, á una milla casi de distancia; *Uno fere milliario á Monasterio distan-tem*: Así lo refiere Cornelio á Lápide.

Valcarce, Desengaños filosóficos T. 4.º ép. 3.º art. 2.º

pasó sin apereibirse
de ello la Comunidad.

Luego que el joven novicio
con vocación de verdad
vistió la santa cogulla,
renunció al paterno hogar;
pues todas sus ánsias eran,
y su mas bello ideal
y la imágen de sus sueños
y su idea al dispertar
el que llegára cuanto antes
el día de profesar.

Así seguía el novicio
haciendo prueba ejemplar,
recontando hasta por horas
las que debían pasar
para llegar á ser Monje
en nombre y en realidad
cuando en un día de asueto
que era costumbre pasear
por las selvas y los bosques
toda la comunidad,
salió nuestro buen novicio
con el Maestro á la par
á tomar el aire libre
y á correr, subir, trepar
por las breñas y los riscos
que cerca de Leyre están,

siendo por aquel entonces del Convento propiedad.

En dicho día el novicio húbose algo de extraviar por las inciertas veredas que había en aquel lugar; cuando un joven se presenta sudando á todo sudar, que según las trazas era ó caminante ó gañán de alguna de las majadas de hacia el valle de Aguilar.

Al momento al joven Monje se dirige á saludar suplicándole afanoso y en ademán de llorar, se dignára de informarle si cerca de Leyre están, pues á Leyre se dirige con la misión de anunciar á un novicio que allí vino desde el valle de Aguilar, la muerte de su buen padre, y que al tiempo de espirar le nombró por heredero de toda su propiedad.

Lo cual oyendo el novicio comenzó luego á llorar la muerte de su buen padre

diciendo que su pesar era inmenso, pues le amaba como un hijo debe amar al que fué autor de sus días; y que en cuanto á lo demás, él renunciaba á la herencia pues que no quería más que seguir á San Bernardo y su regla profesar.

A lo cual el caminante húbole de contestar que nunca tal cosa haría de la herencia renunciar, que si él no la quería la podía traspasar alguno de la familia, y de ese modo evitar que la Curia se incautára de su pingüe propiedad. Que si quería seguirle en cuatro días no más el asunto arreglaría, y después, con grande paz y descargo de conciencia bien podría regresar nuevamente á su Convento y tranquilo profesar.

Seducido el buen novicio por el viajero faláz,

sin despedirse de nadie
ni al Convento regresar,
emprendió al punto la marcha
hacia el valle de Aguilar
con el joven caminante,
que en el arte de engañar
parecía ser Maestro,
pues supo bien ocultar
con pérfido disimulo
el objeto principal
de su bien urdida trama,
que era tan solo evitar
que el decidido novicio
consiguiera profesar
en la referida orden
del Abad de Clarabal.

Ambos á dos conversando
sobre la vida espiritual,
y los goces ponderando
del retiro monacal,
iban juntos caminando
hacia su pueblo natal;
cuando el disfrazado guía
á luego que el pueblo vió,
con la mayor cortesía
del joven se despidió.
Este sus pasos dirige
hacia su paterno hogar
profunda pena le aflige

hasta el punto de llorar
la muerte de su buen padre;
cuando ¡cosa singular!
lo primero que percibe
al tiempo de penetrar
en el portal de su casa
es al que creyó encontrar
entre los muertos; ¡su padre!
con vida y salud cabal.

Lleno de sorpresa el joven
quedó en un estado tal
que ni una sola palabra
le fué dado articular
para referir al padre,
qué causa pudo mediar
para volver á su casa
y el Convento abandonar;
más por éste interrogado
con grande severidad
por la causa de su viaje
húbole de contestar,
que había sido engañado
por algún genio infernal,
que en traje de caminante
ó vestido de gañán,
le había instado á venir
á la casa paternal,
en la idea de que él
acababa de espirar

después de haberle nombrado heredero universal.

Entonces el padre airado contra el pobre monacal, duramente le reprende su conducta criminal: le conmina, le maldice, como á hijo desleal que ciego por la ambición no temió en abandonar la vida del monasterio y su retiro claustral por unos bienes caducos de duración temporal.

Que en castigo de su culpa no le permitía entrar en la casa, que buscase otro sitio donde estar; pues quien tuvo la vileza de un Convento abandonar por entregarse de nuevo al mundo y á Satanás, bajo esos mismos señores debíase de amparar.

Llorando el pobre novicio aventura tan fatal, retiróse condolido de la casa paternal y errante desfallecido

por tan horrible pesar,
triste sus pasos dirige
hacia el monte de Yoar,
en cuya cima se eleva
radiante de magestad
el magnífico Santuario
de la Madre de Piedad.
Hacia Codés se encamina
con suma celeridad
el angustiado novicio,
y en el momento de entrar
en el solitario Templo
humilde se va á postrar
ante el Santo Camarín
de la Virgen de Yoar:
Y..... «¡Virgen Santa de Codés!
dícela á todo llorar,
Vos, Señora, veis la angustia
y la agonía mortal
que mi alma experimenta
en este trance fatal!
No hallo en mi casa acogida
y aquí la vengo á buscar;
¡maldito soy de mi padre.
¿ y Vos también ¡dulce Madre!
me habíais de abandonar?
No, Madre mía, querida;
no hagais eso con un hijo
de vuestro siervo Bernardo,

que me socorrais aguardo
puesto que á Vos me dirijo.»

A lo cual la Virgen Santa
con cariño maternal
le contesta «que no en vano
ha acudido á su piedad
el que se tiene por hijo
del Abad de Charabal:
que regrese al monasterio
sin un día demorar,
pues ella con gran misterio
ha logrado el ocultar
su ausencia del noviciado,
puesto que había mandado
que un Angel se revistiera
de monacal, y cumpliera
con los encargos y oficios
que son propios de novicios:
advirtiéndole además,
que aquel gañan disfrazado,
por el que fuera engañado,
era el mismo Satanás.»

Dijo..... y el joven novicio
con esto se reanima,
presuroso se encamina
hacia Leyre, dó propicio
el Maestro lo recibe,
pues de nada se apercibe
de cuanto había pasado;

y hasta que hubo profesado
nadie llegó á sospechar
que el Santo Monje sería
aquel en quien obraría
milagro tan singular
la Santa Virgen María
que se venera en Yoar.

A la Santísima Virgen de Codès.

¡Excelsa Virgen., que en Yoar resides
como guardiana del Euskaro suelo!
Permite que hasta Tí remonte el vuelo
el alma mía para ver cual pides
desde esa cumbre que Codés se llama
por Navarra, que en todos sus azares,
conflictos, alegrías y pesares,
como Reina y Señora te proclama
de todos sus domésticos hogares.

Permite. Madre mía, que de hinojos
postrado ante tus plantas virginales,
contemple la hermosura de tus ojos,
que cual lucientes perlas, á raudales
rayos de amor despiden, y al mirarlos
el alma, extasiada de ternura,
no puede contemplarlos
sin comparar su célica hermosura
con los bellos querubes celestiales.

Si de ellos, la mágica mirada
sobre sí siente el alma pecadora
en el instante arrepentida llora
sus locos extravíos, y..... ¡Madre amada!
os digo, llorando de amargura,
no abandonéis aquesta criatura
que á Vos recurre toda desolada
por el dolor que le causan sus pecados;
haz que éstos le sean perdonados
por ese niño que en tus brazos mora;
no desoigais ¡Señora!
los suspiros que en lágrimas mezclados
os envía el alma pecadora.

Y al instante el consuelo y la alegría
se apoderan del alma atribulada,
y toda conmovida y conturbada
por el grato perdón que Dios la envía,
dirigiendo su dúcida mirada
hacia su Camarín, vé que destella,
cual brillante lucero luminoso,
belleza celestial su rostro hermoso
coronado por luciente estrella,
piedad su corazón, perdón su mano,
y maternal amor para el cristiano
que recurriendo á ella
sale diciendo, radiante de alegría:
¡De todos los Santuarios de María,
La virgen de Codés es la más bella!

F I N